

## Tiempo liminal, temporalidad plural<sup>1</sup>

Álvaro García Linera

Con el concepto de tiempo liminal intento escudriñar los “tiempos de crisis” de las sociedades modernas. Mientras que gran parte de la sociología y las ciencias políticas estudian los tiempos de estabilización, de normalidad, mi preocupación son los “tiempos de anormalidad”, los tiempos de irregularidad, que es el tiempo de crisis, que es el tiempo en el cual las cosas no funcionan cómo deberían funcionar. Y es aquí donde el concepto de tiempo liminal me ayuda a encontrar este “pequeño momento” en la historia de las sociedades. Porque por lo general la dominación se reproduce y se reproduce, pero hay un momento en el que algo falla, algo se quiebra. Ese momento en el que “algo se quiebra” en la dominación es el que me interesa. Y el concepto de “tiempo liminal” me ayuda a entender ese momento de quiebre: ¿Cómo surgen esos “momentos de quiebre”? ¿Qué posibilidades se abren? ¿Qué etapas tiene ese momento? Y luego ¿cómo se cierra? ¿Cuáles son las condiciones para que se cierre el momento de crisis y se entre nuevamente en los tiempos de regularidad, de monotonía? Tiempos de regularidad donde seguirá habiendo luchas, evidentemente, pero luchas en un marco de la regularidad, previsible estadísticamente; mientras que en estos momentos liminales, la estadística colapsa, ya no funciona.

Este acercamiento a los momentos de crisis lo hago intentando articular la dimensión económica, la dimensión político-cultural y la dimensión ideológica. Me interesa ver cómo se montan o se articulan los momentos de crisis en los procesos de acumulación. Para los procesos de acumulación la economía te brinda toda una serie de categorías pero yo quiero ver el momento de “crisis de la acumulación”, su articulación con los momentos de crisis de los procesos legitimación y momentos de crisis de los procesos de subjetivación o interpelación, y cómo los tres se mezclan. Y en algunos casos, como es el actual (y en otros momentos no se ha dado así), cuando también se da un momento de crisis del “*hegemon* geopolítico”. No siempre la crisis del *hegemon* geopolítico es partícipe de un tiempo liminal. A veces sí y a veces no. En este caso me

---

<sup>1</sup> Conferencia de cierre del Coloquio Internacional Louis Althusser “Herencias y porvenir en un mundo incierto”. Desgrabación: Carlos Britos. Edición: Carlos Britos y Marcelo Starcenbaum.

interesa entender la crisis del proceso de acumulación, la del proceso de legitimación, la del proceso de subjetivación o interpelación y la crisis del *hegemon* geopolítico (que es lo que estamos viendo ahora con el tema de guerra en Ucrania y todo lo que se está desplegando alrededor de ella). Y cuando articulo los tres ejes principales (acumulación, legitimación, subjetivación o interpelación) no lo hago mediante una “determinación mecánica”, aunque vaya a recurrir otra vez al concepto de “última instancia”. Porque yo voy a usar este concepto en términos de “soporte material” para que el discurso no quede en el aire (lo que riñe con todas las corrientes “posmodernistas” del discurso, que le atribuyen a éste una “facultad performativa” con independencia de cuál sea su sostén). Yo digo “no”, la performatividad del discurso, su capacidad para crear la realidad que enuncia siempre depende de un sustento material. Tiene que haber sustento material para que el discurso “cree realidad”. Entonces puede haber a) crisis de procesos de acumulación sin necesidad de que eso se dé (o se traduzca en) una crisis de legitimación y de subjetivación. Un ejemplo de esto es el año 2008, durante el cual hay una crisis económica a nivel mundial que no se ha traducido en un proceso de crisis de legitimación y subjetivación. En América Latina esta última crisis comienza ya desde el año 2000, pero en el resto del mundo, en los países “más desarrollados” no. Estos países van a enfrentar la crisis económica del 2008-2009 con una serie de medidas que cambian toda la lógica económica dominante de entonces, pero no se traduce inicialmente en una crisis de legitimación. Pero a la vez, solamente puede haber crisis de legitimación y de interpelación cuando hay una crisis de acumulación. Si bien la primera no determina a la segunda y la tercera, para que haya segunda y tercera tiene que haber la primera. Entonces no es una relación mecánica, sino compleja. Puede haber una crisis de acumulación sin necesidad de una crisis de legitimación y de subjetivación, pero toda crisis de legitimación y toda crisis de subjetivación o de interpelación obligatoriamente requiere una crisis de acumulación. Esto significa que el discurso no “flota”, que está “enraizado”. El discurso y la fuerza discursiva no es un “reflejo” de la economía, pero hay “movimiento” en el ámbito discursivo solo cuando también hay movimiento en el ámbito de la acumulación material. Hay crisis “arriba” cuando también la hay “abajo”. No puede haber crisis de legitimación sin que “algo” suceda en la economía, aunque puedan ocurrir cosas en la economía sin que eso se traduzca en crisis ideológica.

Y los momentos que trabajo, o que encuentro suficiente material empírico, para ilustrar esta reflexión es la “crisis del liberalismo decimonónico”, tanto a nivel económico como político, sumada a la crisis del Imperio Inglés, entre los años 1910-1930 (años más,

años menos). Ese es un ejemplo de “tiempo liminal”. Un segundo ejemplo es cuando se da la crisis del “capitalismo de Estado”, o del “Estado de Bienestar”, del *Welfare State* (o del “Estado desarrollista” en América Latina), entre los años ’65 y ’85. Es también otro momento liminal. Y, el tercer momento, es aquel que ha surgido inicialmente en las extremidades del cuerpo capitalista, América Latina, y en la propia “estructura general” del capitalismo a partir del 2008, hasta hoy. E intuyo que esto durará al menos una década más, hasta que se resuelva el nuevo principio de acumulación, y nuevo principio de orden de legitimación y el principio de orden de subjetivación (o de interpelación). ¿Y por qué me acerco al concepto “liminal”, que viene de la antropología? Es meramente una herramienta que me permite nombrar algo que estoy viendo, y que ya no encaja con las categorías “de normalidad” que veníamos usando hasta ahora.

¿Qué es eso que requiere otras maneras de nombrar? En lo económico, la *ralentización* del comercio global. Entre los años ’90, hasta inicios del Siglo XXI, el comercio global tenía una tasa de crecimiento del doble, y a veces del triple, respecto de la tasa de crecimiento de la economía, del PBI. Mientras el PBI a 2% o 3%, el comercio mundial lo hacía al 4% o 5%. Pero a partir de la crisis del 2008 la tasa de crecimiento del comercio se ha reducido. Sigue creciendo, pero ya no a las tasas anteriores. Se ha *ralentizado* la tasa de crecimiento del comercio mundial, que no es sino la gran cifra que encerraba todo el ideario de globalización. El mundo se sigue “globalizando”, pero a partir del 2008 este proceso es más lento, es menos intenso. Este es un primer elemento. El segundo elemento es la caída de los flujos de los “capitales transfronterizos”. No los flujos entre empresas (porque muchas veces las cifras económicas te dicen: “sigue habiendo gran flujo de capitales”, pero, claro, es el capital de la filial de Chrysler en México, que “repatrió su dinero” a Estados Unidos, o Chrysler Brasil, que se lo lleva a otro lugar), que no son lo que me interesa; sino que el dato relevante es los flujos de capitales de inversión o de repatriación de ganancias de las empresas que no sean al interior de sí mismas. Y esos flujos de capital (de que es fundamentalmente “capital financiero” o “levemente productivo”) se han reducido, entre los años 2008 hasta el 2016 hasta su tercera parte, y entre 2016 al 2018 (que es hasta donde existen datos) ha crecido levemente en términos porcentuales, pero ya no tiene los volúmenes que tenía anteriormente. Aquí hay un problema, pues uno de los baluartes del a globalización, del “libre mercado”, de la “disolución de las fronteras” era este flujo de capitales transfronterizos, y ahora esta tendencia ha reducido su velocidad. Sigue circulando, pero ya no en los porcentajes (del total de la riqueza del mundo) en los que lo hacía en sus

mejores momentos: 1990, 2000 o 2005. El tercer elemento que quiero anudar, en términos de la crisis de acumulación, es lo que varios marxistas vienen trabajando (por ejemplo, el profesor Michael Roberts; o Robert Brenner) sobre el “estancamiento secular” de la economía de las principales “potencias”. Ellos lo atribuyen, especialmente Roberts, a la Ley, definida por Marx en el tomo III de *El Capital*, de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Sobre esto han hecho unos estudios. Y hay otro autor, que no es marxista, que también ha hecho su aporte respecto a cómo la tasa de ganancia viene decayendo desde los años '60, repunta un poco con el neoliberalismo, y luego vuelve a caer; y ya es una caída “secular”, intensificada en los últimos tiempos. Es decir, las ganancias en el ámbito de la producción crecen, pero crecen menos. De hecho, Michael Roberts atribuye a la inflación mundial, especialmente la de Europa y la de Estados Unidos, no a un “shock” de demanda, sino a un “shock de oferta”; es decir, según él, estaríamos “produciendo menos”, lo que está llevando a un incremento de la inflación. Y producimos menos porque el capital “gana menos” en ciertas áreas productivas. En ellas ya no les es rentable invertir, entonces prefieren llevar el capital a las finanzas; y para llevarlo a las finanzas ese dinero es retirado de la producción, que sigue decayendo en su crecimiento. Sigue creciendo, pero a tasas del 1%, 1,5%, 1,8%, mientras que las finanzas crecen al 6%, 7% o más. Este elemento del estancamiento secular de la economía y de la caída de la tasa de ganancia en el sector productivo es un elemento a incorporar en esta lectura de la crisis del proceso de acumulación.

Otro elemento es el nuevo papel del Estado en la economía. En los años 2009 y 2020 el capitalismo ha vivido sus momentos más complicados, algunos dicen incluso que más complicado que en 1930. Pero quién salvó a la economía no fueron los mercados, sino el Estado, quien abandona su posición de “no me meto en la economía y dejo que los mercados actúen”. En este caso no. Es el Banco Federal Norteamericano (la FED), es el Banco Europeo y los Bancos Centrales de las economías fundamentales el mundo las que en 2008 imprimen dinero para impedir que la crisis que se había dado con las acciones “*subprime*”, por la venta de viviendas en Estados Unidos, se traduzca en una terrible crisis financiera; y son las que en 2020 van a impedir que el encierro de todos, la parálisis de la economía durante por lo menos 3 meses en la mayor parte de los países del mundo, y de 6 meses en otros países, no se traduzca en un desplome general. Eso lo van a hacer también mediante emisión de dinero. Se calcula que se han emitido 18 billones de dólares para levantar la economía. Y eso es “impresión de billetes”. Se han impreso más dólares, que han circulado por todas partes del mundo, para dar a las empresas, para comprar

acciones, para pagar salarios a la gente que no fue a trabajar, para dar alimento a las personas que tenían necesidades materiales apremiante. Quien ha salvado al capitalismo de la peor crisis de los últimos 80 años ha sido el Estado. Eso rompe todas reglas que se conocían hasta entonces, pues quienes salvaban el capitalismo y quienes lo llevaban adelante eran “los mercados; y en este caso, en 2008 y 2020, los mercados y la producción se desploma, pero la economía mundial no. ¿Gracias a quién? A los Estados, que intervienen en la economía, y que siguen interviniendo hasta ahora. Ahora hay un problema de inflación y dicen: “ese dinero que emitimos, hay que empezar a recogerlo”, ¿y cómo lo van a hacer? Volviendo a comprar bonos del Estado y subiendo las tasas de interés, para que el dinero que se fue vuelva a los Bancos Centrales. Según ellos, con esto van a parar la inflación mundial (eso quieren). Los marxistas dicen “no, no es un tema de flujos financieros, sino de producción”; los de la nueva teoría monetaria, los neo-keynesianos dicen “no, es un tema de shock de demanda”; y los neoliberales dicen que fue un abuso del Estado, y hay que sacarlo. Es un debate actual entre los economistas. Pero el problema está ahí: el Estado, como no sucedía desde los años '50 y '60, tuvo una intervención directa y asumió el comando de las economías. Y toda la retórica de “Estado mínimo”, de “cero déficits” fiscal”, el FMI se “comió” esas palabras y hoy tienes Estados (el italiano, el norteamericano, el japonés, el alemán, el español) con déficits fiscales por encima del 100%, el 150% o el 200% de su PBI. Entonces el Estado no solamente crea mercados, sino que en este caso el Estado ha salvado a la economía capitalista del colapso del 2008 y del 2020, y eso modifica todo el escenario de lógica económica de la sociedad moderna. El otro elemento que intento agrupar en esta crisis de acumulación es lo que ha pasado en Europa con el *Brexit*, cuando Gran Bretaña decide salirse del mercado europeo. Hasta entonces teníamos una UE expansiva y una disolución gradual de fronteras, pero el *Brexit* dice “no, Inglaterra se va a separar”. Esto hasta el día de hoy genera una serie de problemas de flujos de dinero, de personas, de capitales, pero sobre todo es ya un retroceso en términos de globalización. Y por último la reivindicación actual de los “soberanismos”. Lo vimos en 2020 cuando en plena crisis los alemanes se disputaban con los italianos y los franceses las mascarillas en sus fronteras, sus gobiernos se robaban los respiradores. Ahí ya no había “Europa”, lo que había era Alemania, Italia, España, Inglaterra, cada cual intentando salvar a su población. Y ahora que nos dice Alemania es que tiene que buscar su “soberanía energética” para no depender del gas ruso, que nos dice Macron que hay que tener “soberanía alimentaria” para no depender del trigo ucraniano ni del ruso ni de la soja argentina, lo que se advierte es un regreso de los

“soberanismos” en ciertas áreas: en la energética, la alimenticia, la militar, etc. El profesor Habermas, por ejemplo, ha apoyado que Alemania disponga de más dinero para que tenga su propia fuerza militar. La “ciudadanía universal” se hunde, y lo que surge son soberanismos puntuales, demandas de soberanía. Biden lo ha dicho (y antes ya Trump): “vamos a premiar a aquellas empresas que repatrien sus capitales”, “compre americano y no compre mexicano, argentino o tailandés”. Es un regreso, gradual, a los soberanismos. No es que se estén tirando las fronteras, pero la globalización ya no es “la gran ilusión”, más bien se ha convertido en “el gran miedo”.

Y entonces lo que predomina ahora es una “incertidumbre estratégica”: ¿qué tipo de lógica económica será la que nos de crecimiento y bienestar hacia futuro? Nadie lo sabe. Los únicos que siguen con la bandera del libre comercio son los chinos, pero a ellos se les critica por “ser un gobierno autoritario” donde “el Estado es propietario de las principales empresas”, es decir, un libre comercio sospechoso para Occidente. Y Occidente dice “sí, libre mercado pero también soberanismo”, “algo de libre mercado pero también proteccionismo”. Entonces ves a todos los economistas propugnando: “que continúe la globalización, pero pongámosle límites, porque es peligroso”. Entonces, ¿qué viene? ¿Libre mercado? Parece que no tanto. ¿Proteccionismo? Tampoco. Lo que queda es una ambigüedad, y toda ambigüedad es incierta. La incertidumbre se convierte, hoy, en la principal característica de este tiempo tanto de las personas que hacen lecturas económicas como de los políticos que proponen horizontes de futuro para sus países. De todos. De hecho, creo que la principal característica del 2020 es la instalación de la incertidumbre. ¿No era que “venía el comunismo”? ¿No era que íbamos a tener estados “más autoritarios”? Lo que tenemos es incertidumbre. O sea no tenía razón el profesor Žižek, tampoco tenía razón el profesor Byung-Chul Han, sino creo que tienen razón los que dicen que “nadie sabe lo que va a pasar”. De hecho, hay una encuesta que salió hace dos meses y que hicieron, no precisamente los del BM, donde el 70% u 80% de las personas entrevistadas decían que lo que han sentido durante 2020 fue incertidumbre frente a lo que viene, al futuro. Esto es lo que nos atraviesa. Y por último, en relación a los elementos económicos que están en juego, como ocurrió a inicios del siglo XX, está el choque geopolítico de potencias. Un profesor de filosofía español lo decía de modo muy bonito: estamos ante un imperio decadente, Estados Unidos; un imperio ascendente, China; un imperio fallido, Rusia; y, le faltó decir, un enmohecido imperio, o un conjunto de enmohecido imperios melancólicos, que son los europeos. La frase es de Santiago Alba Rico, y es muy bonita, pues lo que estamos viendo ahora es Estados Unidos a medida que

va decayendo. Aunque sigue siendo la potencia económica, militar y cultural, ya no tiene la irradiación absoluta que tuvo en los años '80 o '90. Va decayendo, y cuando una potencia decae, las “pequeñas potencias” que estaban en la oscuridad, en los resquicios, en las catacumbas, salen a intentar conseguir lo mejor que puedan: Rusia, conseguir áreas de seguridad; Europa, fuerza laboral barata (Europa del Este es, en este sentido, es su “América Latina”, de donde obtener mercados y trabajadores precarios); China, que no ha entrado en disputa guerrera, pero ahí va haciendo su trabajo de expansión de sus rutas de abastecimiento de materia prima y de inversión de capital (lo ha hecho en América Latina, donde ha invertido 3 o 4 veces más que los norteamericanos o los europeos; lo está haciendo en África; lo está haciendo en la zona de la “ruta de la seda”), creando su propia manera de asegurar mercados y materia prima; y Estados Unidos, apuntando a la disputa por la economía de la zona (y así lo ha dicho su ex- Secretaria de Estado) “indo asiática”, donde está concentrada casi el 40% de la población, el 60% del PBI del mundo. La disputa es entonces por esa zona. Y por el principal despliegue de militares de Estados Unidos no es ahora en Europa, es alrededor de este gran núcleo geográfico, político y demográfico de la zona “indo asiática”. Y Biden, en una nota que sacó en febrero de este año, en torno a esta región, lo dijo de una manera muy “descarada”: “el bienestar de Estados Unidos se sostiene en los vínculos con la economía indo asiática, y por lo tanto es nuestra área de seguridad”. De allí que todo se esté comenzando a desplazar, a su modo Rusia, a su modo China, a su modo Estados Unidos, y los europeos metiendo la cabeza un poco. Entonces, todo este escenario, configura algo nuevo. No es un momento de estabilización y regularidad, es un momento de inestabilidad y reacomodo.

Entonces mi preocupación es cómo nombrar a este reacomodamiento, a este desorden en la economía. Pues el concepto de “tiempo liminal” me ayuda. Hay un tiempo liminal porque se está reordenando el escenario: lo viejo está modificándose. No sabemos adónde va a desembocar esta nueva economía pero lo que sí es cierto es que las reglas de regularidad de la economía mundial de los últimos 40 años están declinando, se están desordenando y no está claro cuáles van a ser las nuevas. Y en ese sentido el concepto de “liminal” ayuda a abarcar estos datos fácticos, duros, de la economía. Entonces, sobre este soporte de una economía desordenada y reacomodándose construyo un segundo y tercer momento de ese concepto. El segundo tiene que ver con un ocaso o debilitamiento del modelo de sujeción político-cultural. Lo que ha pasado con el progresismo en su primera oleada (2000-2014), y en su segunda oleada, más débil y conflictiva, más “ambigua” (2018 y para adelante) es un ejemplo de un proceso de estas características;

pero lo que ha pasado en Estados Unidos, con el ascenso de Trump o el asalto al Congreso; el surgimiento de las extremas derechas en Europa (en Francia han obtenido el 40% de la votación, o un poco menos; en Italia no sabemos si irán a ganar o a perder; en España...); o en nuestro continente: en Bolivia el golpe de Estado o aquí en Argentina el envalentonamiento discursivo con el que aparece la extrema derecha. Todo eso habla de que ya no estamos ante una propuesta discursiva conservadora y “de dominación” irradiante que convoque para “seducir”, para “convencer”; al contrario, se acerca a ti para “regañarte”, para sancionarte, para imponer. Es una derecha que ha abandonado el optimismo ante la historia. Cuando las reglas son tuyas, tu convences, y dices: “hijo, ¡ven acá! ¡Vengan conmigo!” Pero hoy no, hoy no es “¡vengan conmigo!”, sino “¡o vienes conmigo, o estás contra mí!”. Y si estás contra mí, pues atente a las consecuencias. Lo que se observa es que ya no es un discurso irradiador, seductor, sino un discurso de imposición, y en algunos casos de venganza, sanción o castigo; incluso de revancha. Bolivia es un ejemplo de esto: “¡hay que poner en orden a los Indios! ¡A estos indios que se atrevieron a ser gobierno, poder, presidente, ministros! ¡Hay que ponerlos en red!”. Y claro, cuando se dio el golpe, las oligarquías les decían a sus trabajadores, a la trabajadora del hogar, a la barrendera o barrendero, “tu papá ya no está. Ya no tienes quién te defienda. Es nuestro tiempo. Y tú ahora tienen que someterte. ¡Indios a la tierra! ¡Obreros a la fábrica! ¡Mujeres a la casa!”. Todo para restituir un poder moral, patriarcal, racializado y autoritario. Y con eso vienen.

Entonces las viejas certidumbres de libre mercado, globalización, democracia representativa y un multiculturalismo tolerante ante las minorías y lo que Silvia Federici o Nancy Fraser llaman “neoliberalismo progresista”, todo eso que estuvo en los años ’90, 2000 o 2010, hoy ya no está. Hoy es incierto. Unos te hablan de “globalización” y otros te dicen “sí, pero colocando protección”; los europeos, o Merkel por ejemplo diciendo que China era un “rival sistémico” es decir ya no es el “gran mundo sin fronteras”, ahora tenemos “rivales”, y China es “mi rival”. Los neoliberales, ahora, con su propuesta: “si la democracia funciona, bien; y si no funciona, puedo pasar por encima de ella”; Brasil lo hizo con la presidenta Dilma; Bolivia, con el golpe de Estado. La democracia está en duda. Entonces, las ofertas discursivas dominantes han comenzado a pluralizarse, a divergir, a entrar en también en contradicciones. Y a eso es lo que denomino el momento de “resquebrajamiento de las grandes certidumbres de la época pasada”. Esta es una característica de un tiempo liminal. No es que desaparecen, no es que ya no son eficaces: simplemente, se muestran agotadas, cansadas, comienzan a mostrar fallas. Y entonces, a

partir de esta incertidumbre que caracteriza este tiempo histórico, introduzco el concepto de “disrupción del horizonte predictivo”, lo que hago a partir de las reflexiones que han trabajado nuestra psicología o las neurociencias. Este tema de cómo el cerebro siempre se mueve predictivamente, de cómo nuestro cerebro está inclinado a actuar bajo parámetros de predicción, intentando anticiparse a los acontecimientos, a los sucesos. Y esto lo utilizo para el ámbito de lo social: la sociedad necesita siempre imaginar un destino, imaginar un horizonte. Desde cierta manera, desde el marxismo intentamos introducir un horizonte predictivo del socialismo en el comunismo, como un destino en torno al cual agrupar esfuerzos, luchas, muertes, destierros, masacres, para la conquista de ese destino final. Pero también lo hacen las fuerzas conservadoras: libre mercado, emprendedurismo, globalización; o desde el ámbito religioso: la salvación, el paraíso. Son todas maneras de construir horizontes predictivos, en torno a los cuales trazar o articular-eslabonar la vida. Las personas hacemos eso. Y los colectivos hacen eso: imaginan un destino, al que quizás nunca vayan a alcanzar, pero en torno al cual, en la búsqueda de él, van eslabonando sucesos, derrotas, fracasos, acciones, sacrificios, para llegar a ese destino. Y cuando eso es lo que hace uno, hay tiempo, hay flecha del tiempo. La flecha del tiempo es “hacia allá”, entonces “hoy hice esto, mañana haré esto, pasado haré esto y luego haré esto”. Hay tiempo. Pero cuando se rompe el horizonte predictivo, lo que sucede es que el tiempo se desploma. No el “físico”, que sigue funcionando (pasa la hora, mañana será sábado, luego domingo), pero el “tiempo social” se quiebra. El concepto de tiempo liminal es eso: describe un desplome del tiempo social porque no hay concatenación imaginada de sucesos hacia un fin, como era con la globalización o el socialismo. Ya no: simplemente nadie sabe lo que irá a pasar. No hay un norte que se vuelva atractivo, irradiante; imaginado, pero que nos ayude a ubicarnos hacia un destino. Es momento de un tiempo suspendido. El quiebre del horizonte predictivo es cuando el tiempo se suspende. Y entonces todo lo vivimos con una intensidad caótica, sin destino; y el presente se vuelve asfixiante e infinito. Es entonces el tiempo de un presente infinito, sin porvenir. Y eso se vive como una experiencia personal y como una experiencia colectiva. Creo que ésta es una característica del mundo actual. El tiempo se ha suspendido. Como dirían los postmarxistas, “los grandes relatos” se diluyen, y lo que uno tiene al frente es nada. No hay grandes ni medianos relatos. Es un tiempo suspendido, colapsado. Y lo que nos da es un “estupor cognitivo”: vivimos un tiempo de parálisis, no sabemos adónde vamos a ir, nada nos “jala” ni nos convence. Evidentemente el militante o el profesor siguen perseverando con un ideal, pero no es un “hecho social”; el hecho

social, el que uno oye en las charlas, en el mercado, en el bus, en el metro, con los amigos, es “qué irá a pasar de aquí en más”. Cuando fue la pandemia era: “¿nos moriremos o no? ¿Habría otra pandemia?” Nadie podía saber lo que pasaba. Ahora la pandemia pasó y seguimos igual, desencajados, como abatidos, y esta es una experiencia colectiva.

Es un momento de pérdida de las esperanzas. Un tiempo liminal es un momento en que las esperanzas se desploman. Y esto contribuye, y a la vez es resultado, de una divergencia en las élites (como mencionábamos antes). Este es un elemento relevante en el hecho político. Hubo fusión de democracia representativa con globalización y libre mercado porque todos estaban de acuerdo en ello, todas las élites políticas-culturales. Entonces no había riesgo y la democracia funcionaba. Tú y yo teníamos el mismo objetivo, por ahí nos peleábamos o teníamos divergencias, pero, ganaras tú o ganara yo, habría libre mercado, globalización, privatizaciones, era lo mismo. En cuanto a lo izquierda, buena parte de ella en los '70 y '80 se pasó a ese otro lado, y quienes no nos pasábamos quedábamos reducidos a la marginalidad, resistiendo. No éramos relevantes. Hoy hay un quiebre entre las élites: unos dicen “más intervención del Estado, políticas sociales, proteccionismo”; otros dicen “no, más liberalismo, más globalización, más privatización”. Y si no quieren, a la fuerza. Y cuando las élites divergen, y hay riesgo de que el poder de los más poderosos se ponga en riesgo, la democracia se vuelve sospechosa. Y entonces comienzan las divergencias entre visiones liberales-autoritarias, concepciones liberales más democráticas y concepciones liberales más progresistas; y esta es la manera como se manifiesta el curso de las futuras batallas por el nuevo horizonte predictivo, que tendrá que darse.

Luego está el tercer momento del tiempo liminal (el primero, recordemos, era la crisis de acumulación; y el segundo el ocaso del modelo de sujeción- legitimación cultural), que aún no se ha dado pero que calculo que va a darse a lo largo de esta década o de la siguiente. Nuestro cuerpo está capacitado para lidiar con estas incertidumbres inmediatas, pero no lo está para la incertidumbre estratégica. No estamos preparados para ella porque nos provoca un estado de vacío y angustia estructural: ¿viviremos? ¿No viviremos? ¿Debo invertir para que mis hijos estudien Ciencias Sociales o es mejor convertirlo en distribuidor de comida rápida? ¿Por dónde irá la vida? ¿Voy a poder ahorrar para comprar mi casa, entonces me caso? ¿Subirá la tasa de interés o no lo hará? ¿Tendré este trabajo? ¿Habría cambios? ¿Podré seguir teniendo mis libertades y la defensa de mis derechos con un determinado gobierno? Todo se vuelve incierto. Y uno necesita aferrarse a algo para concatenar sus esfuerzos individuales y colectivos hacia un fin

imaginado. Por eso el tiempo liminal no puede ser eterno. No hay sociedad que dure o que viva en la incertidumbre perpetuamente. El tiempo liminal tiene que cerrarse de alguna manera; y tienen que crearse, inventarse, a la buena o a la mala, unos horizontes predictivos. Pero para que se cierre hacia un lado, previamente tiene que darse la disponibilidad a creer, lo que no es cualquier cosa. Hoy estamos en un momento de parálisis y colapso cognitivo, estupor colectivo. Y puede durar todavía un buen tiempo, pero no mucho. Inmediatamente después de eso va a venir la disponibilidad (“tengo que creer en algo”; “tengo que aferrarme a una nueva certidumbre”; “tengo que encontrar y apoyar un nuevo horizonte predictivo”); y si en eso, los que defienden la “gran propiedad” y la injusticia logran imponerse, por ir se irá hacían las nuevas certidumbres; y si en lugar de eso logran imponerse los que propugnan la justicia social, la distribución, la comunidad, pues por ahí irá la nueva certidumbre.

Entonces, el tercer momento del tiempo liminal es el de la disponibilidad colectiva, que es un poco lo que nos pasó a nosotros, América Latina, a inicios del Siglo XXI: un momento de disponibilidad. Que no se ha dado en el mundo y que en América Latina ha durado temporalmente, porque la “solución” al mismo duró temporalmente, porque no tuvo acompañamiento del mundo entero. Y cuando se da una disponibilidad colectiva a sustituir las viejas creencias desfallecientes por unas nuevas es cuando se dan las condiciones para la producción del nuevo horizonte predictivo de la sociedad, que va a permitir cohesionar las fuerzas vitales de la sociedad en torno al modelo de acumulación (que no sabemos cuál será) que habrá de consolidarse. Y entonces ahí el modo legitimación alimentará el modo de acumulación y el modo de acumulación alimentará el modo de legitimación; y todo ello envuelto en una determinada manera de subjetivación y de interpelación (“¡esto soy en el mundo, y a esto se me convoca”!). Este tercer momento del tiempo liminal es el que puede traducirse en momentos revolucionarios, momentos de revueltas, de grandes transformaciones o de grandes regresiones. A su modo el fascismo fue esto (último): una respuesta al tiempo liminal desde el punto de la propiedad y del orden autoritario. El riesgo del *posfascismo*, del *neofascismo* o como deban llamarse estos discursos autoritarios de la derecha es fuerte. Ellos están disputando por “monopolizar” el horizonte predictivo, porque la política es la lucha por este horizonte; es la lucha por el monopolio de las esperanzas de una sociedad. La derecha está buscando monopolizarlas y las izquierdas están todavía aturdidas, o han intentado algo, pero de corto plazo; y hoy son más bien partícipes de este momento de estupor colectivo. Entonces, si es cierta esta hipótesis de trabajo (todo esto sobre lo que acabo de

reflexionar), es previsible que en un tiempo prudente (una década más, o un poco menos) tenga que cerrarse el tiempo liminal, previa disponibilidad colectiva a nuevas creencias. Una de las características importantes del “tiempo de disponibilidad” es que los discursos de la dominación se debilitan. No desaparecen (porque la dominación nunca lo hace), pero se debilitan; y los discursos de emancipación, que eran marginales, crecen un poco. Nunca se equilibran, pero las distancias entre discurso de dominación y discurso de emancipación se acortan un poco. Son los mejores momentos para los que pelean por la emancipación. Siempre van a estar en desventaja (no tienen medios, no tienen publicaciones, no tienen repercusión, no tienen recursos, siempre es así), pero si en algún momento el discurso de la emancipación puede disputarle al de la dominación, son estos. No el tiempo del estupor el actual, sino el de la disponibilidad colectiva. Es lo que nos pasó en el 2000, en Bolivia: ¿cómo es posible que un indígena, campesino y pobre se vuelva presidente, cuando antes habían gobernado empresarios, dueños de minas, dueños de hacienda; y habían gobernado año tras año? ¿Y cómo es que un campesino sin plata, que no puede pagarle a la televisión, no puede pagar a la radio ni a los difusores de encuestas logra ganar? Porque es un tiempo en el que se acortan las distancias entre discurso de dominación y de legitimación. Y si se hace un buen trabajo y tácticas políticas, el primero puede crecer y disputarle algo al segundo. Nunca lo va a derrotar del todo, porque la dominación nunca desaparece; pero se debilita y se le hacen contrapesos. Y yo creo que eso tiene que definirse en esta década, ya sea por el lado de la propiedad y la autoridad (jerárquica, patronal, patriarcal y racializada-supremacista) o por el lado de lo nacional-popular, de la izquierda, la revolución, la comunidad y la justicia, tiene que cerrarse tarde o temprano el tiempo liminal y dar lugar a un nuevo período de acumulación y a un nuevo período de legitimación social, que aún no sabemos cómo será. Así, el concepto de liminalidad te dice: “sabemos lo que está atrás y lo que se está derrumbando, pero no tenemos la idea de lo que está viniendo”. La *liminalidad* permite entender ese momento tan complicado. Y pasado este tiempo de la liminalidad, cuando se diluya ésta, se entrará nuevamente a los tiempos de estabilización social, donde nuestros autores de sociología y ciencias políticas ya son capaces de darnos mejores herramientas para entender ese momento. Pero ellos no nos dicen nada de las herramientas de la inestabilidad. Ahí es el marxismo, es él el que solamente puede leer la inestabilidad.